



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

D. JUAN RUIZ DE APODACA

Apodaca llegó a Veracruz en la fragata “Fortuna” (en los primeros días de septiembre de 1816), con un convoy de ocho buques, en que vinieron el primer batallón del Regimiento Fijo de México, con muy corta fuerza, mandado por el coronel del cuerpo, D. Ignacio Mora, y algunas compañías del Fijo de Puebla, cuyo coronel era el brigadier D. F. Javier de Gabriel, que poco después casó con una de las hijas del mismo Apodaca. Este era uno de los oficiales más distinguidos de la marina española por su instrucción, de que dió una muestra en el opúsculo que escribió sobre la aplicación de los pararrayos al uso de los buques, con motivo de un rayo que cayó en un navío de guerra en que estaba embarcado, y había desempeñado el alto empleo de Embajador de España en Inglaterra, todo lo cual le había hecho adquirir modales elegantes, amena conversación, y una

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

amabilidad de trato que lo hacía estimar por todos los que lo conocían. Sin embargo, no correspondían a estas cualidades brillantes, las más esenciales que requería el puesto de Virrey que iba a ocupar, en las circunstancias en que tomaba en su mano las riendas del gobierno (de la Nueva España).

Apodaca se puso en marcha para México, escoltándolo las tropas que había traído de la Habana, y Calleja mandó a su encuentro al coronal Márquez Donallo con su división. Hizo el primero su viaje sin tropiezo hasta la hacienda de Vicencio en las inmediaciones de Ojo de Agua, entre Perote y Puebla, pero allí fué vigorosamente atacado por Osorno, con su caballería que Terán había destacado con este intento, dirigida por el brigadier D. Antonio Vázquez Aldana; el choque fué vivo, y las tropas que acompañaban al Virrey, ño acostumbradas a la guerra, se hallaban muy apretadas, en términos de haber tenido el Virrey que dejar su coche y ponerse a caballo sin saber qué mandar a sus ayudantes, cuando oportunamente se presentó Márquez Donallo, que empeñando la acción hizo retirar a Osorno, el cual habiendo venido más que a combatir a dar un golpe de mano, no tenía infantería en qué apoyarse, y fatigada su caballería por una marcha forzada en un terreno fangoso por el temporal de aguas, tuvo que ceder, dejando en poder de los realistas algunos prisioneros. Apodaca dió generosamente libertad a éstos, y su esposa e hijas curaron por su mano a los heridos, tanto insurgentes como realistas. Después de este desagradable encuentro entró Apodaca en Puebla, sin otro accidente, el 12 de septiembre.

No se había recibido en México noticia alguna directa de la llegada del nuevo Virrey, habiendo sido interceptados por los

leyes para la formación de procesos, y aunque por entonces este orden no tuvo inmediato cumplimiento, se disminuyeron desde luego los males, fué el medio de salvación de muchos individuos, y particularmente en las inmediaciones de la capital, evitó mucho derramamiento de sangre.

Era la suerte de Apodaca coger el fruto de la severidad y disposiciones de Calleja, ganando fama de clemente, cuando vencidas las dificultades, y cansados de la guerra los insurgentes, se agolparon a pedir el indulto, como habían empezado a hacerlo ya en tiempo de su antecesor; pero también era su destino perder de un golpe todas las ventajas adquiridas en muchos años de guerra, y ver desaparecer en sus manos el imperio español en Nueva España, asegurado por los últimos sucesos que vinieron a afirmar la posesión de tres siglos. Sin embargo, la primera época de su gobierno no fué más que una sucesión de triunfos y sucesos felices, apenas interrumpida por alguno funesto de poca importancia.

(En cuanto a su actitud frente a los militares sublevados con la bandera de las Tres Garantías, la) facilidad del Virrey para acceder (a fines de 1820) a todo cuanto Iturbide pedía, ha sido considerada como una prueba de que estaba de acuerdo en el plan de revolución que se tramaba, cuyo concepto corroboró el desacierto en la dirección de las operaciones sucesivas de la guerra; pero todo concurre a persuadir que no tuvo parte alguna en lo que se intentaba, y lo demuestran los artificios de que Iturbide se valía para mantenerlo engañado, haciendo que pusiese en sus manos todos los medios para efectuar la revolución, como si fuesen a emplearse en la guerra del Sur, que tanto deseaba el Virrey ver terminada. Este habría recibido sin duda

con aplauso a Fernando VII, si se hubiese presentado en México, y lo hubiera obedecido sin titubear como soberano absoluto, pero su lealtad no le pudo permitir ir más adelante; la misma nobleza de su carácter facilitaba que se le engaÑase, pues no podía presumir en otro una perfidia que él era incapaz de cometer. Se ha dicho, sin embargo, que llegó a tener alguna sospecha del manejo doble de Iturbide, y que trataba de darle por sucesor en el mando del Sur, al coronel D. Cristóbal Villaseñor, a quien mandó pasar prontamente a México; pero el hecho carece de fundamento, pues sin recelar tampoco del mismo Villaseñor, el Virrey lo llamaba para nombrarlo comandante de Querétaro, lo que no se verificó, por la enfermedad que atacó a Villaseñor en aquella ciudad, de la que falleció el 21 de enero de 1821, en una choza a corta distancia de la misma, habiendo sido llevado su cadáver a Huichapan, en donde se le dió sepultura.

Repetidos reveses, la pérdida sucesiva de las más importantes provincias, y la deserción de casi todo el ejército, obligaron al Virrey Conde del Venadito a hacer uso, aunque sin fruto, de los medios extraordinarios que en otras circunstancias emplearon con buen resultado sus antecesores Venegas y Calleja. Como si pudiera ocultarse el estado desesperado que las cosas ofrecían, se procuraba impedir la circulación de los impresos que se publicaban por los independientes, y mientras el imperio español en Nueva España se desplomaba a gran prisa, la gaceta del gobierno de México estaba llena de artículos de sucesos insignificantes de Rusia, de Nápoles o de Francia, o se ocupaba de referir las fiestas que se hacían en los pueblos de España, por la bendición de las banderas de la guardia nacional, que en ellos se organizaba. No obstante las precauciones del Virrey, todo se sabía en la ca-

pital, en la que se recibían, acaso con exageración, las noticias de cuanto pasaba en las provincias, y ellas daban impulso a la desertión de la tropa de la guarnición, que se verificaba en partidas considerables con los oficiales a su cabeza. Los soldados para desertarse ocurrían a las porterías de los conventos de monjas, y éstas les daban escapularios, medallas y socorros en dinero, como si mandasen otros tantos campeones de la fe al ejército levantado para defensa de la religión.

El descontento que había comenzado a manifestarse con respecto al Virrey en las tropas expedicionarias que estaban en México, fué en aumento con las noticias funestas que de todas partes se recibían. De los rumores y conversaciones, se pasó luego a las obras, y habiéndose tratado en la logia sobre lo que convendría hacer en las circunstancias apuradas en que las cosas se hallaban, los oficiales que a ella concurrían resolvieron destituirlo a mano armada, fijando para la ejecución la noche del 5 de julio (de 1821).

Desde la tarde anterior, se notó inquietud en los cuarteles, y habiéndose presentado en el del Regimiento de Ordenes Militares el coronel del cuerpo D. Francisco Javier Llamas, no sólo no consiguió evitar el golpe que se preparaba, sino que fué detenido preso por la tropa ya amotinada, obligándolo a permanecer en una de las cuadras; lo mismo sucedió al coronel D. Blas del Castillo y Luna, que mandaba el Batallón de Castilla. Sin embargo, nada había trascendido fuera de los cuarteles. y el Virrey se hallaba en sesión de la junta de guerra, que se tenía todas las noches, cuando entre nueve y diez se le dió aviso de estar sobre las armas frente al Palacio mucho número de tropa, habiendo entrado alguna a éste, siendo los que habían hecho el

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

movimiento los cuerpos de Ordenes Militares, Infante D. Carlos y Castilla, de acuerdo con las Compañías de Marina, en que el Virrey tenía la mayor confianza y eran las que custodiaban su persona, hallándose también en la Plaza frente a la Catedral la primera de las nueve Compañías de caballería, formadas con el nombre de "Defensores de la Integridad de las Españas". Al mismo tiempo solicitaron entrar a hablarle los jefes de la asonada, que lo eran el teniente coronel D. Francisco Buceli, mayor del Batallón de D. Carlos; los capitanes Llorente y Carballo, de Ordenes, y varios oficiales de diversos cuerpos. Inútil era toda resistencia, pues el Virrey no podía contar más que con pocos soldados de Marina, que permanecieron fieles, y con los alabarderos de su guardia, con quienes aquéllos se unieron, dándole esta prueba de adhesión a su persona.

Introducidos a la junta de guerra Buceli y otros de sus compañeros, manifestó el primero el descontento que reinaba en la tropa por el desacierto que notaba en las providencias del Virrey, al que se hacía atribuir haberse sacrificado, sin fruto, tantos cuerpos que se habían visto obligados a rendirse, y perdidose los puntos importantes de Valladolid y Querétaro, por no haber recibido auxilio alguno, hallándose Puebla en grave peligro, sin que la división que mandaba Concha hubiese hecho esfuerzo para su socorro, por lo que pedían que el Virrey se separase del mando, entrando a ejercerlo alguno de los sub-inspectores, designando especialmente a Liñán. El Virrey contestó con moderación y dignidad, vindicando su proceder y manifestando ser injustas las acusaciones que contra él se dirigían, pues no podía hacérsele cargo por la inacción del general Cruz, a que debía atribuirse la pérdida de las provincias del interior, ni podía tampoco haber

esperado la rendición de Valladolid, después de las protestas de Quintanar, siendo por otra parte imposible auxiliar a aquella plaza rodeada por todas partes de fuerzas considerables; que en cuanto a Querétaro, había hecho todos los esfuerzos posibles para su socorro, haciendo marchar de Toluca la división de Castillo, y de México la que mandaba Concha, al mismo tiempo que se dirigían a aquella ciudad todas las fuerzas que había en San Luis, cuyo resultado, por desgracia, se había visto cuál había sido; que con respecto a Puebla, el brigadier Llano había asegurado repetidas veces no necesitar cosa alguna, bastándole las fuerzas que tenía, y que si Concha no se había acercado a aquella ciudad, no obstante las órdenes que se le habían comunicado, era porque había manifestado no tener confianza en la tropa para alejarse de la capital.

Tomó entonces Liñán la voz, afeando vivamente la conducta inconsiderada de los que habían promovido aquella sedición, y protestó que de ninguna manera admitiría el mando que se le ofrecía, y lo mismo declaró Novella. El brigadier Espinosa propuso, que supuesta la confianza que las tropas tenían en Novella, se encargase éste del mando militar, quedando el político en Apodaca; separación en todos tiempos difícil, y en aquellas circunstancias impracticables, pero de pronto sorprendió y pareció satisfacer a los jefes del motín, mas para poderla admitir, Llorente dijo que era menester contar con la voluntad de la tropa, que bajó a consultar. Volvió a poco, diciendo que los soldados no se contentaban sino con la entera separación de Apodaca, y que los ánimos estaban tan irritados, que no se podría responder por su vida, si no se verificaba inmediatamente. Los inspectores continuaron resistiendo admitir el mando, mas

habiendo dicho los amotinados que si así era, nombrarían Virrey a Buceli, hubo de condescender Novella, para evitar mayores males. Tratóse entonces del modo de efectuar el cambio, y Buceli presentó a Apodaca, para que lo firmase, un papel en que atribuía su separación a enfermedades que no le permitían continuar desempeñando el empleo. Apodaca irritado, rompió el papel luego que de él se impuso, diciendo que, aunque dejar el mando en aquellas circunstancias era lo más grato que podía acontecerle, presentándosele un puente de plata para salir de tantas dificultades, no lo dejaría de una manera deshonrosa, poniéndose en ridículo a los ojos del público con aquel pretexto, cuando se le veía todos los días recorrer a caballo los puntos y cumplir con todas sus obligaciones.

Esto dió lugar a nuevas y más acaloradas contestaciones, en las que Liñán desafió a los jefes de los amotinados, hasta que, finalmente, se convinieron en que el Virrey firmaría la renuncia, que él mismo redactó en estos términos: "Entrego libremente el mando militar y político de estos Reynos, a petición respetuosa que me han hecho los Sres. oficiales y tropas expedicionarias, por convenir así al mejor servicio de la Nación, en el Sr. Mariscal de Campo D. Francisco Novella, con solo la circunstancia, de que por los oficiales representantes se me asegure la seguridad de mi persona y familia, manteniendo la tropa de Marina y Dragones que tengo, y se me dé además, la escolta competente, para marchar en el siguiente día a Veracruz para mi viaje a España, dejando a cargo de dicho Sr. Novella con toda la autorización competente, dar las disposiciones y órdenes para la continuación del orden y tranquilidad pública, y entenderse, en vista de esta cesión que hago, con las autoridades tanto eclesiásticas como ci-

viles y militares del Reino. México, 5 de julio de 1821.—El Conde del Venadito". Dirigió también un oficio a la Junta Provisional, para que reconociese a Novella por jefe político superior.

Mientras todo esto sucedía en el interior del Palacio, los sublevados, que se habían apoderado de todas las puertas, impedían que nadie entrase ni saliese. El oidor Campo Rivas, el canónigo Mendiola y el Marqués de Salvatierra, que concurrían a la tertulia de la Virreina, queriendo retirarse sin tener noticia de lo que pasaba, fueron detenidos hasta el día siguiente, y el Mayor de Plaza Mendivil, que ocurrió, habiendo sabido en el Teatro el movimiento, fué conducido al principal, y se le pusieron centinelas de vista.

Verificada la dimisión del Virrey, la tropa volvió a sus cuarteles, y aquél, con su familia, salió a las siete de la mañana siguiente para la Villa de Guadalupe, en donde se alojó en el mesón, hasta que se le dispuso la casa de un canónigo. Pocos días después, acercándose los Independientes a México, volvió a la ciudad al convento de San Fernando, en el que permaneció hasta su salida para España.

De La Habana, a cuyo puerto llegó en el navío "Asia", se dirigió a Lisboa en 1821, y de allí pasó a Badajoz, en donde permaneció hasta que se le mandó ir a Madrid a informar al Rey sobre los sucesos de Nueva España. Sobrevinieron entonces los acontecimientos ruidosos del viaje de Fernando VII a Cádiz, a consecuencia de la entrada en España del ejército francés al mando del Duque de Angulema, caída de la Constitución y restablecimiento del poder absoluto del Rey. El Conde del Venadito, a quien se había permitido ir de cuartel a Sevilla, se hallaba en esta ciudad cuando Fernando VII pasó por ella para regresar

S E M B L A N Z A S E I D E A R I O

a Madrid, y el mismo día de la llegada del Rey, nombró a Apodaca Capitán General de la Isla de Cuba, encargándole la reconquista de México. No habiéndose efectuado el que pasase a La Habana, por sus instancias para que se le eximiese de este mando, fué nombrado Virrey de Navarra en noviembre de 1824, y se le concedió la Gran Cruz de Isabel la Católica. Volvió a Madrid en principios de 1826 a desempeñar el empleo de Consejero de Estado, y en 1829 se le dió la Gran Cruz de Carlos III, nombrándosele finalmente, en mayo de 1830, Capitán General de la Real Armada, y continuó disfrutando la confianza del Rey Fernando hasta la muerte de este soberano.

En el nuevo orden de cosas establecido entonces en España, fué nombrado Prócer del Reino, por la Reina Gobernadora, en 1834, y falleció el año siguiente el día 11 de enero, a los ochenta y un años de edad, habiendo sido un dechado de honor y de probidad en la dilatada carrera de sesenta y ocho años de servicios, terminando su vida de la manera más cristiana y ejemplar.